

LAS GOLONDRINAS

(DE GAUTIER)

La seca hojarasca ya cubre
el amarillento gramal,
y anuncian las brisas de Octubre
el fin del buen tiempo otoñal.

Ostenta su escaso tesoro
por última vez el jardín:
con dalias y pétalos de oro
alterna marchito jazmín.

Refúgianse las golondrinas
bajo el alero tutelar,
y como audaces peregrinas
apréstanse para emigrar.

Reunidas allá por centenas
empieza una de ellas así:
«Sobre la Acrópolis de Atenas
qué grata mansión escogí!

Guarecen cada año mi nido
las metopas del Partenón,
en el agujero escondido
que abrió con su bala el cañón».

Habla otra: «La humilde morada
que a Esmirna llegando encontré,
es la techumbre perforada
de cierto vetusto café:

Deslízome con sesgo blando
entre el humo de los chibuks,
o bien me divierto rozando
los turbantes y los tarbuks».

Dice otra: «Hay un templo arruinado
que de Balbek en la región
ofrécame albergue sagrado
dentro del hueco de un frontón».

Otra: «Soy más feliz que todas
al amparo de un capitel:
de los caballeros de Rodas
es el palacio mi cuartel».

Aquella: «Si aliento me falta
me detendré para invernar
sobre las terrazas de Malta,
gozando del cielo y del mar».

La sexta: «En el Cairo la altura
de un minarete preferí,
y la vivienda más segura
hecha con barro, tengo allí».

«Yo, dice la postrera, habito
cerca del Nilo superior:
la tiara de un rey de granito
es mi residencia de honor».

«Mañana, dejando estos lares,
exclaman todas a una voz,
por sobre llanos, cumbres, mares,
iremos en banda veloz».

Tal es la charla de sus trinos
a sombra del rústico alar,
cuando los vientos vespertinos
el bosque azotan sin cesar.

Compréndoles, ¡ay! su lenguaje:
el poeta es ave en prisión,
y anhela también largo viaje,
mas sus intentos vanos son.

Como ellas quiere alzar el vuelo
huyendo de clima glacial,
para buscar bajo otro cielo
la luz del sol primaveral.

(Traducción de JUAN C. GARCÍA)

Ebro.

Rosario

Archivo
Histórico